

aqueste gran bien, que es gozar el hombre de sí, y poder vivir consigo mismo, y no tener miedo de entrar en su casa, como debajo de hermosas figuras conforme á su costumbre lo profetiza Miqueas, diciendo lo que en la venida de Cristo al mundo, y en la venida del mismo en el alma de cada uno, habia de acontecer á los suyos (Mich. c. iv, vv. 3. 4.) *No levantará, dice, espada una nación contra otra, y olvidarán de allí adelante las artes de guerra, y cada uno asentado debajo de su vid, y debajo de su higuera gozará de ella, y no habrá quien de allí con espanto le aparte.* Adonde juntamente con la paz hecha por Cristo, pone el descanso seguro con que gozará de sí y de sus bienes el que en esta manera tuviere paz.

Mas David en el Salmo, vuelto á la Iglesia, y á cada uno de los justos que son parte de ella, con palabras breves, pero llenas de significación y de gozo, comprende todo cuanto habemos dicho muy bien. Dice (Psalm. cXLVII, v. 1.) *Alaba, Jerusalém, al Señor: esto es, todos los que sois Jerusalém poseedores de paz, alabad al Señor.* Y aunque les dice que alaben, y aunque parece que así se lo manda; este mandar propiamente es profetizar lo que de esta paz acontece y nace: porque, como dijimos, al punto que toma posesión de la voluntad, luego el alma hace paces con Dios, de donde se sigue luego el amor y el loor. Mas añade David. *Porque fortaleció las cerraduras de tus puertas, y bendijo á tus hijos en ti.* Dice la otra paz que se sigue á la primera paz de la voluntad, que es la conformidad y el estar á una entre sí todas las fuerzas y potencias del alma, que son como hijos de ella, y como las puertas por donde le viene ó el mal, ó el bien. Y dice maravillosamente que está fortalecido y cerrado dentro de sus puertas el que tiene esta paz. Porque como tiene rendido el deseo y la razón, y por el mismo caso como no apetece desenfrenadamente ninguno de los bienes de fuera; no puede venirle de fuera, ni entrarle en su casa sin su voluntad cosa ninguna que le dañe ó enoje: sino cerrado dentro de sí, y bastecido y contento con el bien de Dios que tiene en sí mismo, y como dice el poeta (1) del sabio, *liso y redondo*, no halla en él asidero ninguno la fuerza enemiga.

(1) Ausonio, Edyll. xvi, 5.

Porque ¿cómo dañará el mundo al que no tiene ningunas prendas en él? Y en lo que luego David añade se ve más claramente esto mismo. Porque dice así (Psalm. cXLVII, v. 3.) *Y puso paz en tus términos.* Porque de tener en paz el alma á todo aquello que vive dentro de sus murallas y de su casa, de necesidad se sigue, que tendrá también pacífica su comarca; que es decir, que no tiene cosa en que los que andan fuera de ella, y al derredor de ella, dañarla puedan. Tiene paz en su comarca, porque en ninguna cosa tiene competencia con su vecino, ni se pone á la parte en las cosas que precia el mundo y desea: y así nadie le mueve guerra, ni en caso que se la quisiesen mover, tienen en qué hacerla. Porque su comarca aun por esta razón es pacífica, porque es campiña rasa y estéril, que no hay viñedos en ella, ni sembrados fértiles, ni minas ricas, ni arboledas, ni jardines, ni caserías deleitosas é ilustres: ni tiene el alma justa cosa que precie, que no la tenga encerrada dentro de sí, y por eso goza seguramente de sí: que es el fruto último, como decíamos, y el que significa luego este Salmo en las palabras que añade: *Y te mantiene con hartura con lo apurado del trigo.* Porque á la verdad los que sin esta paz viven, por más bien afortunados que vivan, no comen lo apurado del pan. Salvados son sus manjares, el desecho del bien es aquello por quien andan golosos: su gusto y su mantenimiento es lo grosero, y lo moreno, y lo feo, y sin duda las escorias de lo que es sustancia y verdad. Y aun eso mismo, tal cual es, y en la manera que es, no se les da con hartura. Mi pacífico sólo es el que come con abundancia, y el que come lo apurado del bien. Para él nace el día bueno, y el sol claro él es el que solamente le ve: en la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto: y el manjar de los ángeles es su perpétuo manjar, y goza de él alegre, y sin miedo que nadie le robe: y sin enemigo que le pueda ser enemigo, vive en dulcísima y abundosísima paz, divino bien, y excelente merced hecha á los hombres solamente por Cristo. Por lo cual tornando á lo primero del Salmo, le debemos celebrar con continuos y soberanos loores, porque él salió á nuestra causa perdida, y tomó sobre sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su orden, y nos amistó con el cielo, y encarceló á nuestro enemigo el demo-

nio, y nos libertó de la codicia y el miedo, y nos quietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra: y el gozo, y el reposo, y el deleite de su divina y riquísima paz. Él nos le dió, el cual es la fuente y el manantial de donde nace, y su autor único, por donde con justísima razón es llamado su PRINCIPE. Y habiendo dicho aquesto Marcelo calló.— Y Juliano incontinentemente viéndole callar dijo:

—Es sin duda, Marcelo, PRINCIPE DE PAZ Jesucristo, por la razón que decís: mas no mudando eso que es firme, sino añadiendo sobre ello, paréceme á mí que le podemos también llamar así, porque con solo Él se puede tener aquesto que es paz. —Aquí Sabino, vuelto á Juliano, y como maravillado de lo que decía: No entiendo bien, dice, Juliano, lo que decís, y traslúceseme que decís gran verdad. Y así si no recibís pesadumbre, me holgaría que os declaráseis mas.—Ninguna, respondió Juliano. Mas decidme, pues así os place, Sabino, entendedís que todos los que nacen y viven en esta vida, son dichosos en ella y de buena suerte, ó que unos lo son y otros no? —Cierto es, dijo Sabino, que no lo son todos. Y son algunos? añadió Juliano. —Respondió Sabino, sí son. —Y luego Juliano dijo: decidme pues, el serlo así, es cosa con que se nace, ó caso de suerte, ó viéneles por su obra ó industria? —No es nacimiento ni suerte, dijo Sabino, sino cosa que tiene principio en la voluntad de cada uno; y en su buena elección. —Verdad es, dijo Juliano, y habéis dicho también que hay algunos que no vienen á ser dichosos, ni de buena suerte. —Sí he dicho, respondió. — Pues decidme, dijo Juliano, esos que no lo son, no lo quieren ser, ó no lo procuran ser? —Antes, dijo Sabino, lo procuran, y lo apetecen con ardor grandísimo. —Pues, replicó Juliano, escóndeseles por ventura la buena dicha, ó no es una misma? —Una misma es, dijo Sabino, y á nadie se esconde; antes, cuanto es de su parte, ella se les ofrece á todos, y se les entra en su casa: mas no la conocen todos, y así algunos no la reciben.—Por manera que decís, Sabino, dijo Juliano, que los que no vienen á ser dichosos, no conocen la buena dicha, y por esa causa la desechan de sí? —Así es, respondió Sabino.

—Pues decidme, dijo Juliano, puede ser apetecido aquello de quien el que lo ha de amar no tiene noticia? —Cierto es

dijo Sabino, que no puede.—Y decís que los que no alcanzan la buena dicha, no la conocen? dijo Juliano.—Respondió Sabino, que era así. —Y también habéis dicho, añadió Juliano, que esos mismos que no lo son, apetecen y aman el ser bienaventurados? Concedió Sabino que lo había dicho. —Luego, dijo Juliano, apetecen lo que no saben ni conocen. Y así se concluye una de dos cosas, ó que lo no conocido puede ser amado, ó que los de mala suerte no aman la buena suerte: que cada una de ellas contradice á lo que, Sabino, habéis dicho. Ved agora si queréis mudar alguna de ellas. —Reparó entónces Sabino un poco, y dijo luego: Parece que de fuerza se habrá de mudar.—Mas Juliano, tornando á tomar la mano, dijo así: Id conmigo, Sabino, que podría ser que por esta manera llegásemos á tocar la verdad. Decidme? la buena dicha es ella alguna cosa que vive, ó que tiene ser en sí misma, ó qué manera de cosa es? —No entiendo bien, Juliano, respondió Sabino, lo que me preguntáis. —Agora, dijo Juliano, lo entenderéis. El avariento, decidme, ama algo? —Sí ama, dijo Sabino. —Qué? dijo Juliano. —El oro sin duda, dijo Sabino, y las riquezas. —Y el que las gasta, añadió Juliano, en fiestas y en banquetes, en aquello que hace, busca y apetece algún bien? —No hay duda de eso, dijo Sabino.—Y qué bien apetece? preguntó Juliano. —Apetece, respondió Sabino, á mi parecer, su gusto propio y su contento. —Bien decís, Sabino, dijo Juliano luego.

Mas decidme, el contento que nace del gastar las riquezas, y esas mismas riquezas ¿tienen una misma manera de ser? No os parece que el oro y plata es una cosa que tiene sustancia y tomo, que la veis con los ojos, y la tocáis con las manos? Mas el contento no es así, sino como un accidente que sentís en vos mismo, ó que os imagináis que sentís. Y no es cosa que ó la sacáis de las minas, ó que el campo, ó de suyo, ó con vuestra labor la produce, y producida la cogéis de él, y la encerráis en el arca; sino cosa que resulta en vos de la posesión de alguna de las cosas, que son de tomo, que ó poseéis, ú os imagináis poseer.—Verdad es, dijo Sabino, lo que decís.—Pues agora, dijo Juliano, entenderéis mi pregunta, que es: Si la buena dicha tiene ser como las riquezas y el oro, ó como las cosas que llamamos gusto y contento.—Como

el gusto y el contento, dijo Sabino luégo. Y aun me parece á mí, que la buena dicha no es otra cosa sino un perfecto y entero contento, seguro de lo que se teme, y rico de lo que se ama y apetece.—Bien habéis dicho, dijo Juliano; mas si es como el contento, ó es el contento mismo, y habemos dicho, que el contento es una cosa que resulta en nosotros de algún bien de sustancia, que ó tenemos, ó nos imaginamos tener: necesaria cosa será, que de la buena dicha haya alguna cosa de tomo que sea como su fuente y raíz, de manera que le dé ser dichoso al que la poseyere, cualquiera que él sea.—Eso, dijo Sabino, no se puede negar.—Pues decidme, hay una fuente sola, ó hay muchas fuentes?—Parece, dijo Sabino, que hay una sola.—Con razón os parece así, dijo Juliano entonces, porque el entero contento del hombre en una sola manera puede ser: y por la misma razón no tiene sino una sola causa.

Mas esta causa que llamamos fuente, y que como decís es una, ámanla y búscanla todos?—No la aman, dijo Sabino.—¿Por qué? respondió Juliano.—Y Sabino dijo: Porque no la conocen.—Y ninguno, dijo Juliano, deja de amar, como antes decíamos, lo que es buena dicha.—Así es, respondió. Y no se ama, replicó, lo que no se conoce.—Luego habéis de decir, Sabino, que los que aman el ser dichosos, y no lo alcanzan, conocen lo general del descanso y del contento, mas no conocen la particular y verdadera fuente de donde nace, ni aquello uno en que consiste, y que lo produce. Y habéis de decir, que llevados por una parte del deseo, y por otra parte no sabiendo el camino, ni pueden parar, ni les es posible atinar, al revés de los que hallan la buena suerte. Mas decidme, Sabino, los que buscan ser dichosos, y nunca vienen á serlo, no aman ellos algo también, y lo procuran haber como á fuente de su buena dicha, la que ellos pretenden?—Aman, dijo Sabino, sin duda.—Y ese su amor, dijo Juliano, hácelos dichosos?—Ya está dicho que no los hace, respondió Sabino, porque la cosa á quien se allegan, y á quien le piden su contento y su bien, no es la fuente de él, ni aquello de donde nace.—Pues si ese amor no les da buena dicha, dijo Juliano, hace en ellos otra cosa alguna, ó no hace nada?—No bastará, dijo Sabino, que no les dé buena dicha?—Por mí, dijo Julia-

no, baste en buen hora, que no deseo su daño; mas no os pido aquello con que yo por ventura quedaria contento, si fuese el repartidor, sino lo que la razón dice, que es juez que no se dobla.—Paréceme, dijo Sabino, que como el hijo de Priamo (1), que puso su amor en Helena, y la robó á su marido (2), persuadiéndose que llevaba con ella todo su descanso y su bien, no sólo no halló allí el descanso que se prometía, mas sacó de ella la ruina de su patria, y la muerte suya, con todo lo demás que Homero canta de calamidad y miseria: así por la misma manera los no dichosos por fuerza vienen á ser desdichados y miserables. Porque aman como á fuente de su descanso lo que no lo es; y amándolo así, pídenselo, y búscanlo en ello, y trabájanse miserablemente por hallarlo, y al fin no lo hallan. Y así los atormenta juntamente, y como en un tiempo el deseo de haberlo, y el trabajo de buscarlo, y la congoja de no poderlo hallar. De donde resulta, que no sólo no consiguen la buena dicha que buscan, mas en vez de ella caen en infelicidad y miseria.—

Recojamos, dijo Juliano entonces, todo lo que habemos dicho hasta agora, y así podremos después mejor ir en seguimiento de la verdad. Pues tenemos de todo lo sobredicho: lo uno, que todos aman y pretenden ser dichosos: lo otro, que no lo son todos; lo tercero, que la causa de esta diferencia está en el amor de aquellas cosas que llamamos fuentes ó causas, entre las cuales la verdadera es sola una, y las demás son falsas y engañosas. Y lo último tenemos, que como el amor de la verdadera hace buena suerte, así hace no solo falta de ella, sino miseria extremada el amor de las falsas.—Todo eso está dicho: mas de todo eso, dijo Sabino, qué queréis, Juliano, inferir?—Dos cosas infero, dijo Juliano luégo: la una, que todos aman, los buenos y los malos, los felices y los infelices, y que no se puede vivir sin amar. La otra, que como el amor en los unos es causa de su buena andanza, así en los otros es la fuente de su miseria: y siendo en todos amor, hace en los unos y en los otros efectos muy diferentes,

(1) Paris troyano, ó Alejandro, como le nombra Lucrecio, lib. 1, v. 475.

(2) Menelao, griego, Rey de Esparta.

ó por decir verdad, claramente contrarios.—Ansi se infiere, dijo Sabino.—Mas decidme, añadió Juliano, atreveros heis, Sabino, á buscar conmigo la causa de aquesta desigualdad y contrariedad, que en sí encierra el amor?—Qué causa decís, Juliano? respondió Sabino.—El por qué, dijo Juliano, el amor que nos es tan necesario y tan natural á todos, es en unos causa de miseria, y en otros de felicidad y buena suerte.—Claro está esto, dijo Sabino luégo; porque aunque en todos se llama amor, no es en todos uno mismo: mas en unos es amor de lo bueno, y así les viene el bien de él, y en otros de lo malo, y así les fructifica miseria.—

Puede, replicó Juliano, amar nadie lo malo?—No puede, dijo Sabino, como no puede desamar á sí mismo. Mas el amor malo que digo, llámole así, no porque lo que ama es en sí malo, sino porque no es aquel bien, que es la fuente y el minero del sumo bien.—Eso mismo, dijo Juliano, es lo que hace mi duda, y mi pregunta más fuerte.—Más fuerte? respondió Sabino; y en qué manera?—De esta manera, dijo Juliano: porque si los hombres pudieran amar la miseria, claro y descubierto estaba el por qué el amor hacía miserables á los que la amaban; mas amando todos siempre algún bien, aunque no sea aquel bien de donde nace el sumo bien, ya que este su amor no los hace enteramente dichosos, á lo menos, pues es bien lo que aman, justo y razonable sería que el amor de él les hiciese algún bien. Y así no parece verdad lo que poco antes asentábamos por muy cierto, que el amor hace también á las veces miseria en los hombres.—Ansi parece, respondió Sabino.—No os rindáis, dijo Juliano, tan presto, sino id conmigo inquiriendo el ingenio y la condición del amor; que si la hallamos, ella nos podrá descubrir la luz que buscamos.—Qué ingenio es ese, respondió Sabino, ó cómo se ha de inquirir?—Muchas veces habréis oido decir, Sabino, respondió Juliano, que el amor consiste en una cierta unidad.—Sí he, dijo Sabino, oido y leído que es unión el amor, y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman, y que por ser así, se transforma el que ama en lo que ama, por tal manera, que se hace con él una misma cosa.—

Y parécóos, dijo Juliano, que todo el amor es así?—Sí parece, respondió Sabino.—Apolo, dijo Juliano, á vuestro pa-

recer, amaba cuando en la fábula, como canta el poeta (1) sigue á Dafne, que le huye? O el otro de la comedia (2) cuando pregunta, dónde buscará? donde descubrirá? á quién preguntará? cuál camino seguirá para hallar á quien había perdido de vista? pregunto, amaba también?—Ansi, dijo, parece.—Y ambos, replicó Juliano, estaban tan lejos de ser unos con lo que amaban, que el uno era aborrecido de de ello, y el otro no hallaba manera para alcanzarlo.—Verdad es, dijo Sabino, cuanto al hecho; mas cuanto al deseo ya lo eran, porque esa unidad era lo que apetecían, si amaban.—Luego, dijo Juliano, ya el amor no será él la unidad, sino un apetito y deseo de ella.—Ansi, dijo, parece.—Pues decidme, añadió Juliano, aquestos mismos, si consiguieran su intento, ú otros cualesquiera que aman, y que lo que aman, lo consiguen y alcanzan, y vienen á ser uno mismo con ello, dejan de amarlo luego, ó ámanlo todavía también?—Como puede uno no amar á sí mismo, así podrán, dijo Sabino, dejar de amar al que ya es una misma cosa con ellos.—Bien decís, dijo Juliano: mas decidme, Sabino, será posible que desee alguno aquello mismo que tiene?—No es posible, dijo Sabino.—Y habéis dicho, añadió Juliano, que ya aquestos tales han venido á tener unidad.—Sí han venido, dijo.—Luego habéis de decir, replicó Juliano, que ya no la desean, ni apetecen.—Ansi es, dijo, verdad. Y es verdad que se aman, añadió: luego no lo es decir que el amar es desear la unidad.—Estuvo entonces sobre sí Sabino un poco, y dijo luégo:

No sé, Juliano, qué fin han de tener hoy estas redes vuestras, ni qué es lo que con ellas deseáis prender. Mas pues así me estrecháis, dígoos, que hay dos amores, ó dos maneras de amar: una de deseo, y otra de gozo. Y dígoos, que en el uno y en el otro amor hay su cierta unidad: el uno la desea, y cuanto es de su parte la hace; y el otro la posee, y la abraza, y se deleita y aviva con ella misma: el uno camina á este bien, y el otro descansa y se goza en él: el uno es como el principio, y el otro es como lo sumo y lo perfecto; y así el uno como el otro se rodea como sobre quicio, sobre la unidad

(1) Ovidio, *Metamorph.*, lib. I, v. 452. seq.

(2) Terencio, *Eunuch.* act. II, scen. III, v. 3.

sola, el uno haeciéndola, y el otro como gozando de ella.—No han hecho mala presa estas que llamáis mis redes, Sabino, dijo Juliano entonces, pues han cogido de vos esto que decís agora, que está muy bien dicho: y con ello estoy yo más cerca del fin que pretendo, de lo que vos, Sabino, pensáis. Porque pues es así que todo amor, cada uno en su manera, ó es unidad, ó camina á ella, y la pretende; y pues es así, que es como el blanco y el fin del bien querer, el ser unos los que se quieren: cosa cierta será, que todo aquello que fuere contrario, ó en alguna forma dañoso á aquesta unidad, será desabrido enemigo para el amor; y que el que amare, por el mismo caso que ama, padecerá tormento gravísimo todas las veces que ó le aconteciere algo de lo que divide el amor, ó temiere que le puede acontecer. Porque como en el cuerpo siempre que se corta, ó que se divide lo uno de él, y lo que está ayuntado y continuo, se descubre luégo un dolor agudo; así todo lo que en el amor, que es unidad, se esfuerza á poner división, pone por el mismo caso en el alma que ama una miseria y una congoja viva, mayor de lo que declarar se puede.—Esa es verdad en que no hay duda, dijo entonces Sabino.

—Pues si en esto no hay duda, añadió Juliano, podríisme decir, Sabino, cuántas y cuáles sean las cosas que tienen esta fuerza, ó que la pretenden tener, de cortar y dividir aquello, con que el amor se anuda y se hace uno?—Tiene, dijo Sabino, esa fuerza todo aquello, que á cualquiera de los que aman, ó le deshace en el ser, ó le muda y le trueca en la voluntad, ó totalmente, ó en parte: como son, en lo primero, la enfermedad, y la vejez, y la pobreza, y los desastres, y finalmente la muerte; y en lo segundo, la ausencia, el enojo, la diferencia de pareceres, la competencia en unas mismas cosas, el nuevo querer, y la liviandad nuestra natural. Porque en lo primero, la muerte deshace el ser, y así aparta aquello que deshace, de aquello que queda con vida; y la enfermedad y vejez, y pobreza y desastres, así como disponen para la muerte, así también son ministros y como instrumentos con que este apartamiento se obra. Y en lo segundo, cierto es que la ausencia hace olvido, y que el enojo divide, y que la diferencia de pareceres pone estorbo en la conversación; y así apartando el trato, enajena poco á poco las voluntades, y las

desata para que cada una se vaya por sí. Pues con el nuevo amor, claro es que se corta el primero, y manifiesto es, que nuestro natural mudable es como una lima secreta que de continuo con deseo de hacer novedad va dividiendo lo que está bien ajuntado.

—No se dará bien conforme á eso, Sabino, dijo Juliano entónces, el amor en cualquier suelo.—Respondió Sabino, ¿cómo no se dará?—Y Juliano dijo, como dicen de algunos frutales, que plantados en Persia, su fruta es ponzoña, y nacidos en estas provincias nuestras, son de manjar sabroso y saludable; así digo que se concluye de lo que hasta agora está dicho, que el amor y la amistad todas las veces que se plantare en lo que estuviere sujeto á todos ó á algunos de esos accidentes que habéis contado, Sabino, como planta puesta en lugar, no sólo ajeno de su condición, mas contrario y enemigo de la cualidad de su ingenio, producirá no fruta que recree, sino tóxico que mate. Y si como poco antes decíamos, para venir á ser dichosos y de buena suerte nos conviene que amemos algo que nos sea como fuente de aquesta buena ventura; y si la naturaleza ordenó que fuese el medio y el tercero de toda la buena dicha el amor: bien se conoce ya lo que arriba dudábamos, que el amor que se empleare en aquello que está sujeto á las mudanzas y daños que dicho habéis, no sólo no dará á su dueño ni el sumo bien, ni aquella parte de bien, cualquiera que ella se sea, que posee en sí aquello á quien se endereza, mas le hará triste y miserable del todo. Porque el dolor que le traspasará las entrañas, cuando alguno de los casos y de los accidentes que dijistes, Sabino, pues no se excusan, le aconteciere, y el temor perpetuo de que cada hora le pueden acontecer, le convertirán el bien en continua miseria. Y no le valdrá tanto lo bueno que tiene aquello que ama, para acarrearle algún gusto, cuanto será poderoso lo quebradizo, y lo vil, y lo mudable de su condición, para le afligir con perpetuo é infinito tormento.

Mas si es tan perjudicial el amor cuando se emplea mal, y si se emplea mal en todo lo que está sujeto á mudanza, y si todo lo semejante le es suelo enemigo, adonde si prende, produce frutos de ponzoña y miseria; ya veis, Sabino, la razón por qué dije al principio, que sólo Cristo es aquel con

quien se puede tener paz y amistad: porque Él solo es el no mudable y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor con que Él se pone: y así Él es solo el sujeto propio, y la tierra natural y feliz, adonde florece bienaventuradamente, y adonde hace buen fruto esta planta. Porque ni en su condición hay cosa que lo divida, ni se aparta de él por las mudanzas y desastres á que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á Él la vejez, ni la enfermedad le enflaquece, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna con sus desvarios poner cualidad en Él que le haga menos amable. Que como dice el Salmista (Ps. CI, vv. 26 y 27), *Aunque tú, Señor, mismo desde el principio cimentaste la tierra, y aunque son obra de tus manos los cielos; ellos perecerán, y Tú permanecerás; ellos se envejecerán como se envejece la ropa, y como se pliega la capa los plegarás, y serán plegados: más Tú eres siempre uno mismo, y tus años nunca desmenganan. Y (Ps. XLIV, v. 7.) tu trono, Señor, por siglos y siglos, vara de derechezas la vara de tu gobierno.* Esto es, en el ser: que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede haber desamor.

Porque si viniéremos á pobreza, y á menos estado, nos amará: y si el mundo nos aborreciere, Él conservará su amor con nosotros: en las calamidades, en los trabajos, y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, Él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temeremos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma, y presente. Ni cuando, Sabino, se marchitare en vos esa flor de la edad, ni cuando corriendo los años, y haciendo su obra, os desfiguraren la belleza del rostro, ni en las canas, ni en la flaqueza, ni en el temblor de los miembros, ni en el frío de la vejez se resfriará su amor en ninguna cosa para con vos. Antes rico para hacer siempre bien y de riquezas que no se agotan haciéndole, y deseosisimo continuamente de hacerlo, cuando se os acabare todo, se os dará todo Él, y renovará vuestra edad como el águila, y vistiéndoos de de inmortalidad y de bienes eternos como esposo verdadero vuestro, os ayuntará del todo consigo con lazo, que jamás faltará, estrecho y dulcísimo.

—Mas esto ya os toca á vos, Marcelo (dijo Juliano prosiguiendo, y volviéndose á Él) porque es del nombre de esposo de que últimamente habéis de decir, y de que yo de propósito os he detenido. que no dijédeses, con aquesto que he dicho; no tanto por añadir cosa que importase á vuestras razones, cuánto para que reposádeses entre tanto vos, y así entrádeses con nuevo aliento en aquesto que os resta.—Vos, Juliano, dijo Marcelo entónces, siempre que habláredes, será con propósito y provecho mucho: y lo que habéis hablado agora ha sido tal, que hacéis mal en no llevarlo adelante. Y pues ello mismo os había metido en el nombre de esposo, fuera justo que lo prosiguiéredes vos, á lo menos siquiera porque entre tanto malo como he dicho yo, tuviera tan buen remate esta plática. Que yo os confieso, que en este nombre no puede decir lo que hay en él, quien no lo ha sabido sentir; y de mí ya conocéis cuán lejos estoy de todo buen sentimiento.—Ya conocemos, dijeron juntos Juliano y Sabino, cuán mal sentís de estas cosas, y por esa causa os queremos oír en ellas: demás de que es justo que sea de un paño todo.—Justo es, dijo Marcelo, que sea todo de sayal, y que á cosa tan grosera no se añada pieza más fina. Mas pues es forzoso, será necesario, que como suelen hacer los poetas en algunas partes de sus poesías, adonde se les ofrece algún sujeto nuevo, ó más dificultoso que lo pasado, ó de mayor cualidad, que tornan á invocar el favor de sus musas; así yo agora torne á pedir á Cristo su favor y su gracia, para poder decir algo de lo que en un misterio como aqueste se encierra, porque sin Él no se puede entender ni decir. Y con esto humilló Marcelo templadamente la cabeza hácia el suelo, y como encogiendo los hombros calló por un espacio pequeño; y luego tornándola á alzar, y tendiendo el brazo derecho, y en la mano de él, que tenía cerrada, abriendo ciertos dedos de ella, y extendiéndolos, dijo: